



## XVI

EL PASO DEL MAR  
ROJO

Hacia cinco ó seis años que Marcelo trabajaba en aquel famoso cuadro que debía representar el paso del Mar Rojo, y hacía cinco ó seis años que aquella obra maestra del colorido era rechazada con obstinación por el jurado. Así es que, á fuerza de ir y volver del taller del artista al museo y del museo al taller, el cuadro se sabía tan bien el camino, que si le hubieran colocado sobre ruedas, se hubiera podido ir solo al Louvre. Marcelo, que había rehecho diez veces y retocado de arriba

abajo aquella tela, atribuía á hostilidad personal de los miembros del jurado el ostracismo del salón cuadrado á que le condenaban; y á horas perdidas, había compuesto en obsequio de los cancerberos del Instituto un pequeño diccionario de injurias, con ilustraciones de punzante ferocidad. Dicha colección, hecha célebre, obtuvo en los talleres y en la escuela de Bellas Artes el éxito popular que alcanzó la inmortal lamentación de Juan Bélin, pintor de cámara del gran sultán de Turquía; todos los estudiantes de bellas artes poseían un ejemplar en su memoria.

Durante mucho tiempo no desanimaron á Marcelo las persistentes negativas que le acogían á cada exposición. Estaba plenamente persuadido de que su cuadro era, aunque en pequeñas proporciones, el deseado *pendant* de las *Bodas de Caná* (1), la gigantesca obra maestra, cuyo brillante esplendor no ha podido ofuscar el polvo de tres siglos. Así es que, cada año, al abrirse el Salón, Marcelo enviaba su cuadro al examen del jurado. Únicamente que, para despistar á los examinadores y desconcertarles en su propósito de excluir sistemáticamente el *Paso del Mar Rojo*, Marcelo, sin deshacer la composición general, modificaba algún detalle y cambiaba el título de su cuadro.

Así, pues, una vez se presentó delante del jurado con el nombre de *Paso del Rubicón*; pero Faraón, mal disfrazado bajo el manto de César, fué reconocido y rechazado con los debidos honores.

El año siguiente, Marcelo extendió sobre uno de los planos una capa de blanco, imitando la

(1) De Pablo Veronés.

nieve, plantó un abeto en un lado, y vistiendo á un egipcio de granadero de la guardia imperial, bautizó su cuadro con el título de: *Paso del Beresina*.

El jurado, que aquel día se había limpiado los anteojos en las vueltas de su casaca bordada de palmas verdes, no se dejó caer en la nueva trampa. Reconoció perfectamente la obstinada tela, sobre todo por un diablo de caballo multicolor que se encabritaba en la punta de una ola del Mar Rojo. La gualdrapa de aquel caballo servía á Marcelo para todos sus experimentos de colorido, y en su lenguaje familiar, la llamaba el cuadro sinóptico de los *tonos delicados*, porque reproducía, con sus juegos de luz y sombra, las más variadas combinaciones de color. Pero una vez más, insensible á este detalle, el jurado no tuvo bastantes bolas negras para rehusar el *Paso del Beresina*.

—Muy bien—dijo Marcelo,—ya me lo esperaba. El año que viene se lo remitiré con el título de: *Pasaje de los Panoramas* (1).

—Y así les sorprenderás... sorprende... prenderás... prende...—canturrió el músico Schounard con música nueva de su composición, un motivo terrible, ruidoso como una escala de truenos y cuyo acompañamiento tenían todos los pianos de la vecindad.

—¿Cómo pueden rechazarme esto sin que todo el bermellón del Mar Rojo les suba al rostro y cubra de vergüenza?—murmuró Marcelo contemplando su cuadro.—Cuando uno piensa que hay en esta tela por valor de cien escudos de color y

(1) Pasaje en el centro de París. En la traducción pierde forzosamente el doble sentido que tiene en el original.

un millón de genio, sin contar mi juventud, que se ha quedado calva como mi sombrero de fieltro... Una obra sería que abre nuevos horizontes á la ciencia de las *veladuras*. Pero no crean que esta sea la última vez; hasta que llegue mi postrer suspiro, les enviaré mi cuadro. Quiero que se lo graben en la memoria.

—Es la manera más segura de hacer que no se grabe nunca,—dijo Colline con voz plañidera; y añadió para sí:—¡ Buen *calembour!* ¡ Bueno! ¡ bueno!... Lo repetiré en todas partes.

Marcelo continuó en sus imprecaciones, que Schounard seguía poniendo en música.

—¡ Ah! no quieren recibirme,—decía Marcelo.— ¡ Ah! el gobierno les paga, les da alojamiento y una cruz, con el único objeto de rehusarme una vez al año, el primero de marzo, una tela de cien pulgadas con bastidor de cuñas... Veo claramente su idea, sí, la veo claramente; quieren que rompa los pinceles. Esperan tal vez, al rechazarme el *Mar Rojo*, que me voy á tirar de la ventana desesperado. Pero conocen muy mal mi corazón humano, si cuentan cazarme en esa grosera trampa. En adelante, no esperaré el Salón. Desde hoy mi obra será el cuadro de Damocles suspendido eternamente sobre su cabeza. Ahora lo voy á enviar una vez cada semana á cada uno de ellos, á domicilio, al seno de sus familias, en pleno corazón de la vida privada. Perturbará su felicidad doméstica, les hará encontrar agrio el vino, quemado el asado y amargas sus mujeres. Se volverán locos rápidamente y tendrán que ponerles la camisa de fuerza cuando vayan al Instituto los días de sesión. Esta idea me sonríe.

Algunos días después, y cuando Marcelo había

olvidado ya sus planes de venganza contra sus perseguidores, recibió la visita del tío *Médicis*. Así llamaban en el cenáculo á un judío llamado Salomón que, en aquella época era muy conocido por toda la bohemia artística y literaria, con la que estaba en continuas relaciones. El tío *Médicis* comerciaba en todos los géneros de prendería. Vendía mueblajes completos desde *doce francos* á mil escudos. Lo compraba todo y sabía revenderlo con beneficio. El banco de cambios y descuentos del señor Proudhon es tortas y pan pintado comparado con el sistema aplicado por *Médicis*, que poseía el genio del tráfico hasta un punto no igualado hasta entonces por los más diestros de su religión. Su tienda, situada en la plaza del Carrousel, era un lugar fantástico, donde se encontraba de todo á voluntad. Todos los productos de la naturaleza, todas las creaciones del arte, todo cuanto sale de las entrañas de la tierra y del genio humano, *Médicis* lo convertía en objeto de negocio. Su comercio lo alcanzaba todo, absolutamente todo lo que existe; y llegaba á trabajar hasta en lo *ideal*. *Médicis* compraba IDEAS para explotarlas él mismo ó revenderlas. Conocido de todos los literatos y de todos los artistas, íntimo de la paleta y familiar del escritorio, era el Asmodeo de las artes. Vendía cigarros á cambio del plan para un folletín, zapatillas por un soneto, pescado fresco por unas paradojas; conversaba *por horas* con los gacetilleros encargados de relatar la crónica escandalosa del mundo; proporcionaba billetes de entrada á las tribunas de los parlamentos, é invitaciones para reuniones particulares; daba alojamiento por una noche, por semanas ó por meses á los artistas principiantes pobres, que

le pagaban en copias de grandes maestros hechas en el Louvre. Los bastidores no tenían misterios para él; hacía admitir comedias en los teatros; organizaba éxitos. Tenía en la cabeza un ejemplar del almanaque de las veinticinco mil direcciones, y conocía la vivienda, los nombres y los secretos de todas las celebridades, aun las menos conocidas.

Algunas páginas copiadas de entre el *maremagnum* de su *diario*, podrán dar, mejor que las más detalladas explicaciones, idea exacta de la universalidad de su comercio.

20 marzo 184...

—Vendido al Sr. L..., anticuario, el compás de que se sirvió Arquímedes durante el sitio de Siracusa, 75 fr.

—Comprado al Sr. V..., periodista, las obras completas sin cortar del Sr. \*\*\*, miembro de la Academia, 10 fr.

—Vendido al mismo un artículo de crítica sobre las obras completas del Sr. \*\*\*, miembro de la Academia, 30 fr.

—Vendido al Sr. \*\*\*, miembro de la Academia, un juicio de doce columnas sobre sus obras completas, 250 fr.

—Comprado al Sr. R..., literato, una apreciación crítica sobre las obras completas del Sr. \*\*\*, de la Academia francesa, 10 fr.; además cincuenta libras de carbón de piedra y dos kilog. de café.

—Vendido al Sr. \*\*\*, un jarrón de porcelana que perteneció á Mme. du Barry, 18 fr.

—Comprado á la niña D..., su cabellera, 15 fr.

—Comprado al Sr. D..., un lote de artículos de costumbres y las tres últimas faltas de ortografía hechas por el señor prefecto del Sena, 6 fr.; además, un par de zapatos napolitanos.

—Vendido á la Srta. O..., una peluca rubia, 120 francos.

—Comprado al Sr. M..., pintor de historia, una colección de dibujos pornográficos, 25 fr.

—Indicado al Sr. Fernando la hora en que va á misa la señora baronesa R... de P...—Por alquilar al mismo, por un día, el entresuelo del arrabal Montmartre, total 30 fr.

—Vendido al Sr. Isidoro su retrato en traje de Apolo, 30 fr.

—Vendido á la Srta. R..., un par de langostas y seis pares de guantes, 36 fr. (Recibido 2 fr. 75 céntimos).

—A la misma, procurado un crédito de seis meses en casa la Sra. \*\*\*, modista. (Se ha de fijar aún el precio).

—Por proporcionar á la Sra. \*\*\*, modista, la clientela de la Srta. R... (Recibido tres metros de terciopelo y seis varas de encaje).

—Comprado al Sr. R..., literato, un crédito de 120 fr. contra el periódico \*\*\*, en liquidación, 5 fr.; además dos libras de tabaco de Moravia.

—Vendido al Sr. Fernando, dos cartas de amor, 12 francos.

—Comprado al Sr. J..., pintor, el retrato del señor Isidoro vestido de Apolo, 6 fr.

—Comprado al Sr. \*\*\*, 75 kilog. de su obra titulada: *De las revoluciones submarinas*, 15 fr.

—Alquilado á la condesa de G..., una vajilla de Sajonia, 20 fr.

—Comprado al Sr. \*\*\*, periodista, 52 líneas en su *Crónica de París*, 100 fr.; además una guarnición de chimenea.

—Vendido á los Sres. O... y C.<sup>a</sup>, 52 líneas en

la *Crónica de París* del Sr. \*\*\*, 300 fr.; además, una guarnición de chimenea.

—Por alquilar á la Srta. S... G..., una cama y un cupé por un día, (nada). (Véase la cuenta de la Srta. S... G..., libro mayor, folios 26 y 27).

—Comprado al Sr. Gustavo C..., una memoria sobre la industria linera, 50 fr.; además, una edición rara de las obras de Flavio Josefo.

—Vendido á la Srta. S... G..., un mobiliario moderno, 5,000 fr.

—Para la misma, pagar una nota en la farmacia, 75 fr.

—*Id.* Pagar una nota á la lechera, 3 fr. 85 céntimos.

Etcétera, etc., etc.

Por las anteriores citas, se ve la inmensa escala á que se extendían las operaciones del judío Médicis, que, á pesar de las notas un si es no es ilícitas de su comercio, infinitamente ecléctico, no había sido inquietado jamás por nadie.

Al entrar en casa de los bohemios con el aire inteligente que le distinguía, el judío adivinó que llegaba en un momento propicio. En efecto, los cuatro amigos se hallaban en aquel momento reunidos en consejo, y bajo la presidencia de un apetito feroz, disertaban sobre el grave problema *del pan y de la carne*. ¡Era un domingo de fin de mes! Día fatal y fecha siniestra.

La entrada de Médicis fué aclamada, por consiguiente, con un alegre coro; pues de sobra sabían que el judío era demasiado avaro de su tiempo para gastarlo en visitas de cortesía; así es que su presencia anunciaba indefectiblemente que se trataba de algún negocio.

—Buenas tardes, señores — dijo el judío, — ¿cómo están ustedes?

—Colline—dijo Rodolfo, que estaba echado sobre la cama saboreando las dulzuras de la línea horizontal—ejerce los deberes de la hospitalidad, ofrece una silla á nuestro huésped: un huésped es sagrado. Yo le saludo en Abraham,—añadió el poeta.

Colline tomó un sillón que tenía la elasticidad del bronce, y lo acercó al judío, diciéndole con voz hospitalaria:

—Suponga por un momento que es usted Cína, y tome asiento.

Médecis se dejó caer en el sillón, é iba á quejarse de su dureza, cuando recordó que él mismo lo había cedido á Colline á cambio de una profesión de fe vendida á un diputado que no poseía el don de la improvisación. Al sentarse, los bolsillos del judío sonaron con rumor argentino, y aquella melodiosa sinfonía sumió á los cuatro bohemios en un ensueño preñado de dulzuras.

—Veamos cómo canta ahora—dijo Rodolfo á Marcelo en voz baja,—el acompañamiento es bonito.

—Señor Marcelo—empezó á decir Médecis,—vengo sencillamente á labrar su fortuna. Es decir, que vengo á ofrecerle una soberbia ocasión de penetrar en el mundo artístico. El arte, ya usted lo sabe, señor Marcelo, es un camino árido cuyo oasis es la gloria.

—Tío Médecis—dijo Marcelo sobre las ascuas de la impaciencia,—en nombre del cincuenta por ciento, su venerado patrón, sea usted breve.

—Sí—dijo Colline,—tán breve como el rey Pepino, que era un señor tan conciso como usted:

porque usted estará circuncidado (1) ; hijo de Jacob!

—¡ Oh! ¡ oh! ¡ oh! —exclamaron los bohemios, mientras observaban si se abría el pavimento para tragarse al filósofo.

Pero Colline tampoco fué tragado por esta vez.

—He aquí el asunto—prosiguió Médecis.—Un rico aficionado que está montando una galería para dar la vuelta á Europa, me ha dado el encargo de proporcionarle una colección de obras notables. Vengo á ofrecerle la ocasión de figurar en ese museo. En una palabra, vengo para comprarle su *Paso del Mar Rojo*.

—¿ Al contado?

—Al contado—respondió el judío haciendo tocar la orquesta de sus bolsillos.

—¿ Estás contento?—dijo Colline.

—Decididamente—exclamó Rodolfo furioso,—habrá que buscar una mordaza para tapan la puerta de las tonterías de este miserable. ¡ Bandido! ¿ No ves que habla de *escudos*? ¿ Ya no hay nada sagrado para ti, ateo?

Colline se subió á un mueble, y tomó la posición de Harpócrates, dios del silencio.

—Continúe usted, Médecis,—dijo Marcelo, enseñando su cuadro.—Quiero dejarle el honor de poner precio á esta obra que no lo tiene.

El judío tasó la tela en 50 escudos en moneda contante y sonante.

—¿ Y qué más?—dijo Marcelo;—esto es la vanguardia.

—Señor Marcelo—replicó Médecis,—usted sabe

(1) Aquí juegan las palabras *sire concis* (señor conciso) con *circuncis* (circuncidado).

muy bien que mi palabra es siempre la última. No añadiré un céntimo más; reflexiónelo usted bien: cincuenta escudos son ciento cincuenta francos. ¡Ya es una bonita suma!

—Una miseria,—respondió el artista;—sólo en la túnica de Faraón hay por valor de cincuenta escudos de cobalto. Págueme al menos las hechuras, redondee la cifra y le llamaré León X, León X *segundo*.

—Mi última palabra es ésta: no añado un sueldo más; pero ofrezco un banquete á todos ustedes, con vinos variados á discreción y á los postres pago en ORO.

—¿Nadie ofrece más?—gritó Colline dando tres puñetazos en la mesa.—Adjudicado.

—Vamos—dijo Marcelo,—queda convenido.

—Mandaré por el cuadro mañana,—dijo el judío.—Salgamos, señores, la mesa está puesta.

Los cuatro amigos bajaron la escalera cantando el coro de los Hugonotes: ¡A la mesa, á la mesa!

Médicis trató á los bohemios con verdadera esplendidez. Les ofreció una porción de cosas que para ellos habían permanecido hasta entonces completamente inéditas. Desde esa comida la langosta dejó de ser un mito para Schaunard, y desde aquel momento contrajo por dicho anfibio una pasión que debía llevarle hasta el delirio.

Los cuatro amigos salieron de aquel espléndido festín borrachos como en día de vendimia. En poco estuvo que aquella borrachera no fuese de deplorables consecuencias para Marcelo, pues al pasar, á las dos de la madrugada, por delante de la tienda de su sastre, quería despertarle á toda costa para entregarle á cuenta los ciento cincuenta francos que acababa de recibir. Una vislumbre de

razón que velaba todavía en el espíritu de Colline contuvo al artista al borde del precipicio.

Ocho días después de aquella festividad, Marcelo supo en qué galería había sido instalado su cuadro. Al pasar por el arrabal de San Honorato, se detuvo en medio de un grupo que parecía mirar con curiosidad la colocación de una muestra encima de la puerta de una tienda. Aquella muestra no era otra cosa que el cuadro de Marcelo, que Médicis vendió á un comerciante de comestibles. Sólo que el *Paso del Mar Rojo* habría sufrido aún otra modificación y ostentaba un nuevo título. Habían añadido un buque de vapor, y se llamaba: *Al puerto de Marsella*. Una lisonjera ovación se elevó de entre los curiosos cuando se descubrió el cuadro. Así es que Marcelo se volvió entusiasmado por su triunfo, y murmuró: *Voz del pueblo, voz de Dios*.

